

Patrón de poder neoliberal y una alternativa social

*Alfredo Falero Cirigliano**

Resumen

El artículo parte de considerar al neoliberalismo y su cristalización en América Latina como un patrón de poder regional, esto es, un formato específico de acumulación dentro de la reproducción polarizante centro-periferia. Desde este ángulo, se aborda la expansión y naturalización de prácticas sociales mercantilizadas a partir de dos ejes: el de la construcción ideológica y su relación con la política económica, y el de la subjetividad social. Finalmente, se examinan dos escenarios potenciales en la coyuntura actual: el de un neoliberalismo con “rostro humano” o, alternativamente, el de ampliación de grietas sociales hacia la conformación de otro patrón de poder.

Palabras clave: patrón de poder, ideología, política económica, subjetividad social, posliberalismo.

Abstract

This paper starts out from a consideration of neoliberalism and its consolidation in Latin America as a regional power pattern, meaning a specific setup for and form of accumulation within the center-periphery polarizing reproduction. The expansion and naturalization of social practices that have been subordinated to mercantilism are reviewed from such a perspective, based on two axes: that of ideological construction and its relationship with economic policy, and that of social subjectivity. Lastly, two likely scenarios—as derived from the current situation and state of affairs—are reviewed: that of a kind of neoliberalism with a “humane side” or, alternatively, that of a widening of social fractures which would lead to the conformation of another power pattern.

Keywords: power pattern, ideology, economic policy, social subjectivity, postliberalism.

Recepción del original: 07/01/05. Recepción del artículo corregido: 05/09/05.

* Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. Dirección electrónica: alfredof@adinet.com.uy

Aun teniendo presente la discusión de lo que se pretende transmitir con neoliberalismo y la propia pertinencia del término, no puede haber dudas de que pocas expresiones han alcanzado en la actualidad tanta circulación y vigencia como ésta. Así es que corresponde fijar desde el comienzo un sentido de lo que ha implicado para América Latina a mediados de la primera década del nuevo siglo: *a)* una radicalización social de las relaciones capitalistas, y *b)* una construcción subjetiva e ideológica que ha hecho posible lo anterior, pero que en la actualidad está presentando límites para su reproducción.

La magnitud de las transformaciones ocurridas, así como los actores globales, regionales y nacionales claves que lo impulsaron, descartan de plano la difundida expresión de ser un “experimento neoliberal”, en tanto no se trató de una tentativa acotada para observar efectos de laboratorio no predecibles de un “experimento”. El planteamiento que se desarrollará, formula el problema en términos de proyecto social —es decir, de planteo o intención de ejecutar algo— que en tanto tal implica, pero trasciende la temática de políticas económicas para involucrar el plano de las ideas y de la subjetividad social. En ese entendido, en cuanto a la discusión de constitución de una etapa “posliberal”,¹ también debe formularse en estos parámetros.

La dinámica generada y la posibilidad de apertura de lo nuevo sugiere en consecuencia la necesidad de un conocimiento que sea capaz de proyectarse más allá de la actual coyuntura sociohistórica. Ciertamente no se desconoce la existencia de antecedentes en este sentido, pero en general se perciben esfuerzos aislados y no un programa consistente y expandido a toda la región.² Un desafío que no parece sintonizar con la excesiva cautela académica —es decir, más allá de la necesaria y razonable de la investigación— sobre posibles escenarios futuros.

¹ Se prefiere utilizar el término “posliberal” al de “posneoliberal”, sin la intención de discutir una distinción entre ambos.

² Entre los antecedentes corresponde mencionar, en tanto marco general del presente artículo, las siguientes compilaciones: E. Sader y P. Gentili, *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, UBA, 1997; P. Vuscovic, Pablo González Casanova y otros, *América Latina hoy*, México, Siglo XXI/Editorial de la Universidad de las Naciones Unidas, 1990; L. Lander y H. Sonntag (eds.), *Universalismo y desarrollo*, Caracas, UNESCO/Universidad Central de Venezuela/Nueva Sociedad, 1991.

Como ésta raramente constituye una virtud en ciencias sociales, no es sorprendente observar una crisis de creatividad cuando por un lado se acumulan incontrastables diagnósticos críticos que invocan la transformación regresiva de las sociedades que supuso el “modelo económico”, pero por otro las alternativas aparecen sólo tímidamente y en general situadas en un plano de análisis reducido. En esta perspectiva, se invoca, por ejemplo, una difusa senda de implantar políticas que permitan mayor crecimiento económico con carácter sostenido y que el Estado pueda volver a intervenir socialmente —como ocurría antes de la década de 1970— para matizar la aguda fractura social. No es preciso insistir en que esto último es una mezcla de ficción y realidad en América Latina, pues para amplios sectores de la región el Estado se ha hallado ausente de agudas problemáticas sociales desde siempre.

Algunas veces estas condiciones de cierre cognitivo provienen de la percepción de que aun existiendo voluntad de cambio, las restricciones estructurales que tienen los gobiernos instalados impiden adoptar una política económica posliberal que permita comenzar a reconstruir el tejido social destruido. Basado en esto, a lo sumo puede invocarse una reconstrucción idealizada de un pacto keynesiano perdido entre trabajo y capital que en cada sociedad adquiere una forma diferente.

Una perspectiva general que termine reducida a lo anterior, resulta en extremo simplificadora de la potencialidad del tejido social y precisamente no permite pensar en alternativas. Sin embargo, parece formar parte de ese “sentido común neoliberal” del que no escapan muchos analistas atrapados en la coyuntura. Por lo expuesto, lo que sigue pretende avanzar en un intento por situarse en otro ángulo de observación: la exigencia de construir conocimiento sobre el presente, pero en un esfuerzo de trascenderlo, y la necesidad de captar una complejidad que igualmente implica pero excede la discusión sobre determinados instrumentos económicos utilizados.

PREMISAS TEÓRICAS

El punto de partida teórico es el paradigma de sistema mundo o sistema histórico, dentro del que existe una progresiva acumulación de conocimientos disponible, con numerosos autores entre los que destacan Amin, Arrighi, Wallerstein y Frank (recientemente fallecido). En otros trabajos³ se realizó una sistematización y comparación sobre una extensa biblio-

³ Alfredo Falero, “Globalización e integración regional. Elementos para un paradigma

grafía de los mismos, así es que aquí sólo se presentan algunas premisas básicas que permiten sintetizar este ángulo de análisis.

a) Existe una polaridad intrínseca al capitalismo que se expresa social y geográficamente, y supone la perpetuación de una lógica de regiones centrales y periféricas por la cual las últimas ostentan una condición de subalternidad que se puede resumir en la fórmula de que el subdesarrollo de unos es producto del desarrollo de los otros, aunque esta proposición no es simétrica ni reversible. La revolución informacional actual no anula sino que se inscribe en esa reproducción polar.

b) Las sociedades latinoamericanas, con distintas variantes, se constituyeron sociohistóricamente como sociedades periféricas, si bien algunas de éstas, en ciertos periodos, alcanzaron diversos grados de autonomía de la acumulación global o, lo que es lo mismo, lograron matizar sus consecuencias más duras. Este es el caso de las sociedades del Cono Sur, incluyendo Uruguay, en algunos periodos del siglo xx. La deuda externa debe verse como parte de flujos asimétricos más amplios (que incluyen también remisión de beneficios por las transnacionales, por ejemplo) y que conectan la región en lo que suele llamarse globalización.

c) Según Wallerstein,⁴ el capitalismo como sistema histórico tiene contradicciones que al llegar a determinado grado lo vuelven inestable. Hay indicios de que estamos en ese momento: la migración del campo a la ciudad, el agotamiento ecológico, la democratización y la inversión de la tendencia en el poder estatal (que había asegurado determinado orden) estarían marcando un periodo de bifurcación, de desenlace incierto.⁵

Lo anterior constituye de forma muy resumida un marco de análisis general. Dentro de éste interesa distinguir las diferentes articulaciones centro-periferia para América Latina establecidas después de la Segunda Guerra Mundial, cada una con un formato de acumulación de capital distinto. Puede decirse que en cada caso se construyó un patrón de poder específico que articuló lo económico y lo político a escala nacio-

sociológico de interpretación”, *Documento de Trabajo*, núm. 72, Departamento de Sociología, FCS, 2003; y “El paradigma renaciente de América Latina. Una aproximación sociológica a legados y desafíos de la visión centro-periferia”, en *Los Legados teóricos de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, Clacso, en prensa.

⁴ Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI/CIUH-UNAM, 2001.

⁵ La paz, la estabilidad y la legitimación serán muy escasas en los próximos años, según el desarrollo que hace Wallerstein. Véase *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI/CIUH-UNAM, 1996.

nal y regional teniendo presente la división global del trabajo. Cada patrón de poder, desde la perspectiva que aquí se propone, particulariza los campos centrales de conflicto.

Corresponde recordar que el sociólogo peruano Aníbal Quijano⁶ denomina patrón de poder a un formato de dominación global eurocéntrico constituido en América Latina desde hace 500 años e implicó para la región la codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de raza, así como la articulación de todas las formas históricas de control del trabajo en torno al capital y el mercado mundial. Enseguida, sin pretender establecer una contradicción con lo precedente, se tomará más libremente la expresión, adosándole el carácter de regional para establecer la idea de formatos asimétricos específicos dentro de aquella totalidad mayor y con específicas constelaciones de poder.

En esta línea, se propone la siguiente periodización para advertir el pasaje de un patrón de poder a otro, así como la idea de posibilidad de transformación social en la actual coyuntura:

- Patrón de poder desarrollista: el de las décadas de 1950 y 1960, caracterizable como de Estados que promovieron la acumulación sustentados en actores y condiciones que permitieron un empuje a la industrialización bajo diferentes formatos sociopolíticos.
- Transición entre patrones de poder: el de la década de 1970, de transición autoritaria pero con variantes según el país, donde lo central es la imposición (inicialmente tanteante) de un modelo de acumulación, agudización de las relaciones capitalistas y, por tanto, socialmente más excluyente.
- Patrón de poder neoliberal: el de las décadas de 1980 y 1990 de apoyo a la acumulación privada, de consolidación de mayor movilidad del capital y de mercantilización de las relaciones sociales, donde el formato político generalizado es el de una democracia de concepción restrictiva, reguladora.
- Periodo de bifurcación: el que comienza con el siglo *xxi* y que se intenta caracterizar provisoriamente como “posliberalismo”, pero que puede suponer para América Latina igualmente la consolidación de un esquema de acumulación bajo condiciones de interdependencia asimétrica con nuevos referentes o, alternativamente, un camino de construcción de lo alternativo.

⁶ Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Buenos Aires, Clacso, 2000.

BASES DE UN NUEVO PATRÓN DE PODER

Un esquema de los límites de la anterior articulación centro-periferia en cuanto a su manifestación en el interior de América Latina, puede establecerse con los siguientes puntos generales:

a) Aumento de los costos de producción industrial, obsolescencia o atraso tecnológico y dificultad para incrementar escalas de producción si se compara con las posibilidades de los países centrales.

b) Síntomas de agotamiento de la acumulación en la medida en que la protección arancelaria no es suficiente para lograr mejores márgenes de rentabilidad de las burguesías locales.

c) Creciente déficit externo como traba para la acumulación en un contexto donde comienza a aparecer una nueva división internacional del trabajo.

d) Crisis de los países centrales —baja de la tasa de ganancia y contracción de la demanda— particularmente a partir de 1973; incremento de la deuda externa de los países periféricos como forma de valorar las grandes masas de capital-dinero de los países centrales.

Pese a que la década de 1970 se caracterizó por un dinamismo significativo del comercio mundial y un flujo inusual de préstamos externos encauzados hacia América Latina, la crisis global de 1973 fue clave en el fin del patrón de poder que puede clasificarse, como se dijo, de inspiración desarrollista. Su auge se había situado en el marco de la Guerra Fría que cruzaba la contradicción centro-periferia, en las décadas de 1950 y 1960, y había supuesto un formato de intervención del Estado —incluso en lo social— que más allá de variantes resulta cualitativamente distinto al del nuevo patrón de poder.

El ciclo de luchas sociales de la década de 1960 y principios de 1970, tenía este escenario de manifestaciones de la crisis del patrón de poder. Las políticas restrictivas en el plano salarial abrían espacio a un conjunto de demandas y a un horizonte de posibilidades donde aparecía claro transitar hacia un modelo alternativo que se caracterizaba como antimperialista o socialista. Los movimientos de “liberación” nacional y socialistas se plasaban en organizaciones significativas cuyo objetivo central, más allá del énfasis de cada país, pueden leerse como la expectativa de superar el carácter periférico de las economías y construir otras relaciones sociales.

La sucesión de golpes de Estado inspirados en la Doctrina de la Seguridad Nacional —desde Brasil tempranamente en 1964 a Argentina en 1976, pasando por Uruguay en 1973 (aunque con un “autoritarismo cons-

titucional” que ya venía desde 1968) entre otros países— es el freno represivo a una crisis de hegemonía y el emprendimiento de una transición controlada a otro patrón de acumulación que implicaría una apertura externa casi indiscriminada y un énfasis casi exclusivo en el mercado. El despliegue de instrumentos tendentes a promover las exportaciones manufactureras —por ejemplo, mediante la reducción de costos de producción, particularmente los laborales— genera una nueva orientación que a menudo fue caracterizada con el eufemismo de “nuevo modelo exportador”.

La instauración de las bases de la nueva matriz socioeconómica implicaba atar los principios democráticos a una lógica de ajustes fiscales y estabilización monetaria que no tenían antecedentes, y eso requería un tratamiento de la conflictividad social —no sólo la existente sino la potencial— también sin antecedentes. En este sentido, las dictaduras no son en política económica “neoliberales” en el sentido que este término adquirirá en las décadas de 1980 y 1990, pero sí se sientan las bases para que ese despliegue pueda ocurrir. Es por eso que se aludió a la idea de transición entre patrones de poder.

En función de lo anterior, es que puede sostenerse que la idea de transición dentro de las ciencias sociales fue mal aplicada en América Latina. En la década de 1980, esa idea de Estado intermedio que razonablemente es preciso ponderar, caracterizaba el periodo posdictadura. Y en verdad ni puede subestimarse la trabajosa desocupación de los militares y la convocatoria de elecciones, ni puede dejar de mencionarse que efectivamente ocurrieron cambios respecto del periodo de administración de las Fuerzas Armadas. Pero también es preciso advertir continuidades económicas insoslayables que no siempre se toman en cuenta.

Por eso, desde una perspectiva que considere las lógicas de acumulación de capital, las dictaduras militares en sí mismas constituyen una transición, ya que mediante el disciplinamiento habilitaron el pasaje ordenado a otro patrón de poder que remplazaría años después definitivamente al anterior. Esta transición no adoptó el formato dictatorial estricto en todos los países, pero esto no tiene por qué invalidar esta visión de periodo de construcción de bases de apoyo del nuevo patrón de poder porque lo que surgió fue una nueva forma Estado, distinta a la forma del patrón de poder desarrollista.

Uno de los indicadores de continuidad que configuran esa nueva forma de Estado⁷ es la presencia de los llamados tecnócratas, un estrato

⁷ Véase por ejemplo, Gerónimo de Sierra, *El Uruguay postdictadura*, Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales-Departamento de Sociología, 1992.

que condiciona o determina la toma de decisiones para la fijación de la política económica. Se trata entonces de un consenso de tipo “técnico”, es decir, de supuesta existencia de sólo una y óptima vía para enfrentar un problema, desestimándose toda posible incertidumbre o discusión; puesto que esto sería terreno de la ideología y la tecnocracia, se asume carente de ésta.⁸ Apoyado en la legitimidad que daban los recambios de élites políticas mediante procesos electorales, subyacía la continuidad de la nueva élite tecnocrática, cosmopolita, que ayudó a consolidar el nuevo patrón de acumulación.

Respecto del plano económico, uno de los temas clave de la década de 1980 fue el manejo de la deuda externa. Deberá recordarse que la ola de crisis comenzó en 1982 cuando el gobierno mexicano declaró una moratoria en los pagos de capital sobre la deuda del sector público. Pero no se trataba de un mero fenómeno financiero, existía ahí un problema de naturaleza estructural: la transferencia de ahorros de los países periféricos a los centrales en un contexto de cambio en la estructura del poder global.

Las cifras de exportaciones netas de capital de la región marcan la reorientación de los flujos. Según la CEPAL, entre 1982 y 1989 la salida totalizaba 200 mil millones de dólares, contrastando con los 90 mil millones ingresados entre 1974 y 1981.⁹ A fines de esa década se había convertido en lugar común escuchar en los círculos profesionales, políticos y tecnocráticos, que los ochenta fueron una década perdida no sólo por el bajo dinamismo económico o la mayor vulnerabilidad externa, sino por el notorio deterioro en las condiciones de vida de la mayor parte de su población.

Lo que constituía el producto de la exigencia del nuevo patrón de acumulación de aumento de las relaciones sociales capitalistas asumió, sin embargo, la forma de una crisis coyuntural de propuesta. En tal sentido, no debe extrañar la notoriedad que alcanzó John Williamson cuando en 1989 acuñó la expresión “Consenso de Washington” para designar las nuevas bases del crecimiento que eran en verdad la síntesis del ya conocido pensamiento neoliberal.¹⁰ De todo lo que puede mencionarse críticamente sobre el mismo, sobresale el que no consideraba un tema clave referido a la relación periférica de América Latina: la deuda externa.¹¹

⁸ Manuel García Pelayo, *Burocracia y tecnocracia y otros escritos*, Madrid, Alianza Universidad, 1974.

⁹ CEPAL, *Panorama Económico de América Latina*, Santiago de Chile, 1990.

¹⁰ El llamado “Consenso de Washington” constituyó la agenda surgida de una conferencia en la que participaron los países latinoamericanos en el Institute of International Economics.

¹¹ Marcos Costa Lima, *O Estado e as políticas de ajuste na América Latina dos anos 1990*, CFCH-UFPE, en Internet: <http://www.fundaj.gov.br/observanordeste/obte024.html>

Otro tema clave que corresponde recordar —aunque no es posible desarrollarlo aquí— es el de la implantación de un conjunto de cambios favorables a la mayor movilidad del capital, tanto en el plano financiero como productivo, particularmente en la década de 1990.¹² En este último aspecto esto ha permitido maximizar los beneficios de zonas que tienen condiciones laborales impresentables. Así es que no debe sorprender que la década quedara marcada por la multiplicación de reformas con consecuencias sociales de desigualdad y exclusión sobradamente conocidas. ¿Cómo fue posible llegar a esto? Tal como se adelantó al inicio, buena parte de la respuesta está en la brutal transformación en el plano de las ideas y de la subjetividad social.

POLÍTICA ECONÓMICA, IDEOLOGÍA DOMINANTE Y NATURALIZACIÓN DE NUEVAS PRÁCTICAS SOCIALES

El anterior patrón de poder se acompañó hasta su final por un discurso legitimador desarrollista importante y por una visión sociológica hegemónica —hasta fines de 1960— de transición desde lo tradicional a lo moderno que podía realizar cada país.¹³ Las nuevas bases teóricas globales que sepultarían esta discusión como absurda se habían planteado tempranamente en la Sociedad de Mont Pèlerin, constituida en 1947 bajo los auspicios de Hayek en la pequeña localidad Suiza del mismo nombre,¹⁴ pero adquirirían fuerza, como siempre sucede, sólo muchos años después. De hecho, podrá suscribirse que la concreción política efectiva ocurrió recién con Thatcher, elegida en 1979 en el Reino Unido y con Reagan elegido en 1980 en Estados Unidos,¹⁵ pero ambos son sólo

¹² Entre otras expresiones y a la vez bases de la movilidad del capital, debe recordarse la profusa celebración de acuerdos de libre comercio en el marco de una amplia apertura comercial y financiera. Pero además, en el anterior patrón de poder el capital no disponía de la capacidad de control geográfico —desarrollo de tecnologías mediante— de que dispone en el patrón de poder neoliberal.

¹³ Corresponde recordar a dos autores que separadamente establecieron críticas luego reconocidas a las perspectivas sociológica y económica dominantes: Rodolfo Stavenhagen y André Gonder Frank. Véase A.G. Frank, “El desarrollo del subdesarrollo”, *Economía política del subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Signos, 1970; Rodolfo Stavenhagen, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1970.

¹⁴ Perry Anderson, “El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda”, Conferencia en la Facultad de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.

¹⁵ Luis de Sebastián, *Neoliberalismo global. Apuntes críticos de economía internacional*, Madrid, Trotta, 1997.

parte de un proceso más estructural, mismo que supone una renovación ideológica que se consolidará con el fin de la alternativa que, ya se considere real o ficticia, representaba el modelo de los países del Este europeo.

Se sabe que ideología es un concepto que puede apuntar a cosas distintas. Como aquí no es el objetivo discutir sentidos, acompáñese entonces en primer término que, como observa Wallerstein,¹⁶ constituye un programa político para conducirse en la modernidad. En segundo lugar, hay que recordar esa matriz de clase social que permite regular la relación entre lo visible y lo no visible, entre lo imaginable y lo no imaginable. Por tanto, cuando aquí se señale ideología, se apuntará a un conjunto de creencias orientadas a la acción, desde el medio en el que los individuos viven sus relaciones con una estructura social, hasta las ideas falsas que legitiman un poder político dominante.¹⁷

Existe una relación obvia entre ideología y subjetividad social, pero analíticamente es posible separar los dos planos tratando de observar en el primer caso todo lo referido a sistemas de pensamiento, elaboraciones conscientes de actores y clases sociales, y en el segundo las nociones cotidianas en parte producto de lo anterior. Ciertamente hay una relación compleja entre economía e ideología, porque si bien ya no es posible sostener que la primera determina la segunda, tampoco puede sustentarse que la segunda tenga completa autonomía de la primera.¹⁸

Las piezas principales del nuevo esquema globalizador y neoliberal se han aplicado en países centrales y países periféricos. Entre los últimos, para América Latina se advierten algunas particularidades. En este trabajo es preciso destacar especialmente seis ejes básicos que se invocaban como solución a los problemas:¹⁹

a) Baja directa de salarios: su reducción para la rentabilidad del capital no requiere mayores explicaciones, pero en el discurso se esgrimía que tal reducción podría implicar un aumento de las inversiones.

b) Debilitamiento estatal en áreas sociales: el debilitamiento de las prestaciones sociales en salud, educación, jubilaciones y pensiones, seguros de paro, etcétera, es lo mismo que decir que se ha impreso una

¹⁶ Immanuel Wallerstein, *op. cit.*, 1996, p. 81.

¹⁷ Slavoj Žižek (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2003.

¹⁸ Como no es posible entrar aquí en este debate, remitimos a la compilación de Žižek ya mencionada, así como a algunos otros trabajos; en particular véase Abercrombie, Hill y Turner, *La tesis de la ideología dominante*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

¹⁹ Se sigue aquí el esquema —aunque adaptado para la realidad de América Latina— de Pedro Montes, *El desorden neoliberal*, Madrid, Trotta, 1996.

política de reducción de salarios indirectos. Las llamadas “políticas sociales focalizadas” sustituyeron a aquellos modelos de prestación más universales e integrales bajo el argumento de lograr mayor justicia y efectividad en la actividad más puntualmente implantada.

c) Contrarreforma fiscal: el sistema impositivo se basó en impuestos indirectos que gravan el consumo en lugar de los impuestos directos que imponen un gravamen a la renta. El argumento era que estos últimos aniquilaban la iniciativa privada; sin embargo, es conocido que funcionó como una forma de redistribución regresiva del ingreso, lo cual reforzó en la región su ya marcada tendencia a la desigualdad.

d) Desregulación laboral: el mercado de trabajo flexible, se decía, permitiría la inversión, la reconversión del aparato productivo, aumentar el índice de empleo y el pasaje del ámbito informal al formal. En verdad se creaban condiciones para aumentar la rentabilidad del capital no sólo mediante la supresión directa de derechos laborales, sino debilitando su capacidad de negociación.²⁰

e) Privatización de empresas públicas: un conjunto de actividades estatales se agregó a las ya existentes, capaces de producir rentabilidad del capital. El discurso consideraba que antes constituían lastres (por tener subvenciones o constituir monopolios) que debían ser removidos para mejorar la competencia. En función de ello hubo una política masiva de privatización directa o indirecta de actividades que transformó el espacio público y las relaciones sociales. En el caso uruguayo, el proceso fue más limitado por la promoción de plebiscitos desde organizaciones sociales y sindicatos que no pudieron ser neutralizados.

f) Establecimiento de una política monetaria restrictiva: la política neoliberal sustituye la política fiscal de intervención keynesiana en la economía por una política monetaria restrictiva (crédito y cantidad de dinero en circulación). Más allá de los efectos económicos directos, el aumento del desempleo, producto de empresas que no “compiten”, es también un arma de la lucha de clases.

²⁰ Obsérvese el siguiente ejemplo: un seguimiento de los países latinoamericanos realizado por Williamson advertía para el caso uruguayo la falta de profundización de las reformas laborales. Señalaba específicamente que Uruguay (un país donde comparativamente en términos regionales las leyes laborales pudieron tener un avance) parecía ser uno de los casos en que las reformas, por incompletas, no habían sido premiadas por un retorno al crecimiento sostenido (véase “The Progress of Policy Reform in Latin America”, Washington, 1990, p. 400). En la década de los noventa se “corrigió” este obstáculo y Uruguay se había transformado en uno de los países con menor rigidez laboral en América Latina (solamente superado por Haití y Chile). Fuente: informe “Haciendo negocios en 2005: eliminando obstáculos para el crecimiento”, del Banco Mundial y la Corporación Financiera Internacional (véase *Correio Sindical Mercosul*, núm. 168, 1 al 15 de septiembre, 2004).

Considerando lo anterior, se desprende que este conjunto constituyó una verdadera “revolución antikeynesiana” en el sistema-mundo, una expresión de las necesidades del capital para reconstituir las condiciones que permitan su valoración en un contexto de onda larga depresiva.²¹ Pero desde el ángulo ideológico se puede discutir hasta dónde el conjunto de posiciones son una vuelta a las tesis del liberalismo original.

Según Fiori,²² desde el punto de vista del Estado y de las políticas públicas, no existen diferencias sustantivas entre el viejo liberalismo nacido y formulado en el siglo XVIII y el actual “neoliberalismo”. No obstante, señala como diferencias entre éstos:

a) El individualismo liberal se presenta hoy con la pretensión científica de alcanzar una sofisticación formal y matemática importante (teorías de los juegos, de la elección racional, etcétera).

b) Las ideas y políticas se combinaron en forma virtuosa para provocar un avance expansivo del capital sin precedentes.

c) El carácter universalmente hegemónico que implicaron tales ideas y políticas considerando particularmente la derrota de los regímenes conocidos como socialistas de Europa del Este.

d) Aparece como una victoria ideológica frente al *welfare state* (y al reformismo socialdemócrata) sobre el que se practica un desmontaje institucional.

De hecho, la voluntad de cambio se neutraliza en la convicción masiva de que no hay otro proyecto posible. Para Perry Anderson, el núcleo del neoliberalismo es el mensaje de que el capitalismo es el destino universal y permanente de la humanidad. Mejor aún, el capitalismo desregulado es el mejor de los mundos posibles, lo cual es una novedad del sistema hegemónico actual, producto de la desaparición de su adversario de la Guerra Fría. En tal sentido, agrega que “ni siquiera en los tiempos victorianos se proclamaba tan clamorosamente las virtudes y necesidades del reino del capital”.²³

Pero también se puede decir en esta relación política, económica e ideológica, siguiendo a Goran Therborn,²⁴ que se ha llegado a la última

²¹ A. Flores Olea y A. Mariña Flores, *Crítica de la globalidad*, México, FCE, 1999.

²² José Luis Fiori, *Os moedeiros falsos*, Petrópolis, Editora Vozes, 1998.

²³ Perry Anderson, “El papel de las ideas en la construcción de alternativas”, en Atilio Borón (comp.), *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires, Clacso, 2004, p. 38.

²⁴ Göran Therborn, *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

de las tres “líneas sucesivas de defensa” para mantener un orden establecido. Este sociólogo sueco indicaba que en primer lugar está el mantener que existen ciertos rasgos de un orden social, mientras se niega que existan otros. Por ejemplo, se puede decir que hay plena libertad y que no existe tanta pobreza como algunos señalan. En segundo lugar, si ya no es válida esta línea de defensa, está la siguiente que es admitir que si bien determinada situación existe, no necesariamente debe verse como injusta. El autor coloca el clásico ejemplo de adjudicar el carácter de pobres y marginados a individuos que se buscaron esa situación.

En tanto no es posible una legitimación por medio de las dos “líneas de defensa” anteriores, sólo queda lo que existe actualmente: la situación llega a ser aceptada, se concede que existe y se admite incluso que es injusta; la defensa asume que no es posible un orden más justo. Quizá en un futuro lejano esto pueda ser, se pueda argüir, pero ahora no existe posibilidad real de cambiarlo. La identificación de este bloqueo nos conduce al siguiente punto.

TRANSFORMACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD SOCIAL Y SUS AGENCIAS: ELOGIO DE LA INSEGURIDAD

El concepto de subjetividad social carece de una definición precisa, pero permite establecer un ángulo de lectura de la realidad social muy importante, como ha reflexionado el sociólogo Hugo Zemelman desde hace algunos años.²⁵ Como categoría de análisis se aludirá aquí, en general, a las formas de pensar, percibir y actuar de los individuos en el entramado de los varios espacios sociales de la cotidianidad, pero que a la vez integra la relación con lo macrosocial, es decir, la sucesión de cotidianidades y coyunturas como constitutivas de escalas de tiempo mayores. En tanto en un artículo anterior²⁶ ya se ha realizado una reconstrucción mínima del concepto, corresponde aquí limitarse a su relación con el tejido social, esto es, todo lo que refiere a la idea de elaboración de formas de conciencia ingenuas y desagregadas hacia su superación por otras formas.

La generalización de la ideología neoliberal se dio interrelacionadamente a la cristalización de una subjetividad social basada en la lógica de maximización individual costo-beneficio inmediata. Esto no es nuevo, pero debe subrayarse que los procesos de atomización social e indi-

²⁵ Véase por ejemplo E. León y H. Zemelman, “Subjetividad: umbrales del pensamiento social”, México, Anthropos Editorial/UNAM-CRIM, 1997.

²⁶ Alfredo Falero, “Intolerancia e integración regional”, *Política y Cultura*, núm. 21, primavera, México, UAM, 2004.

vidualismo y de mercantilización de las relaciones sociales no son meras consecuencias de la restructuración económica; constituyen una nueva subjetividad que es condición de existencia de la nueva etapa. En tanto supone la expansión social de una forma de ver el mundo, bien podría atribuirse apresuradamente un exagerado papel a los medios de comunicación masiva en tanto canal para la transmisión de ideología y la construcción cotidiana (con elementos no necesariamente racionales y cognitivos respecto de la subjetividad social). Sin dejar de considerar el punto que es relevante, debe prestarse atención también a otras agencias constructoras de subjetividad que la nueva etapa de acumulación ha minimizado. No debe minimizarse el marco social de interacciones e interdependencias que (de acuerdo con una tradición sociológica consolidada) van construyendo dinámicas potenciales de reproducción de lo dado o alternativamente *praxis* potenciales para su superación.

La experiencia subjetiva de pérdida del referente de lo público y lo colectivo y la reducción a lo privado no puede entenderse sin la transformación de las clases sociales. En ese camino debe marcarse la magnitud de la transformación del mapa de clases en toda América Latina que ha llevado, por ejemplo, a la multiplicación de un enorme “proletariado informal” que fluctúa entre un tercio y la mitad de la población empleada.²⁷ Teniendo presente el agregado de trabajadores no protegidos en grandes firmas, las cifras de trabajadores informales respecto de los formales (que aquí incluye trabajadores manuales y no manuales) son de 48.1 contra 33.4% en Brasil, 45.7 contra 39.1% en México, 34.9 contra 45.2% en Chile, 44.9 contra 35% en Colombia y 38 contra 36.4% en Venezuela.²⁸ Los efectos en la clase trabajadora son muchos y, entre otros elementos, suponen un gran desafío para el movimiento sindical que se encuentra en una crisis estructural y de largo alcance.

Al comparar con la subjetividad social del patrón de poder anterior, se observa que se pierde el original arraigo al espacio social del trabajo formal —aun en América Latina— para constituirse una subjetividad mucho más disociada de éste. Esto supone considerar una significativa heterogeneización, complejización y fragmentación del trabajo, siendo uno de los aspectos clave el proceso de subproletarización²⁹ que incluye

²⁷ A. Portes y K. Hoffman, “Latina American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era”, *Latin American Research Review*, vol. 38, núm. 1, Austin, Universidad de Texas, 2003.

²⁸ Datos agregados a partir de Portes y Hoffman, *op. cit.*, sobre fuentes ECLAC y OIT de 2000.

²⁹ Entre otros, véase Ricardo Antunes, “¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo”, Buenos Aires, Antídoto (Col. Herramienta), 1999.

formas de precarización muy importantes, ya apuntadas en el apartado anterior. El movimiento sindical no sólo está en crisis por esta transformación, pero es preciso ponderar adecuadamente la pérdida de los sindicatos (como también ocurrió con los partidos políticos de izquierda) como constructores de una subjetividad social alternativa.

La aproximación conceptual a este proceso de mutación global se ha realizado de diversas maneras. En la perspectiva de Negri, basándose en el *Capítulo VI inédito* de Marx, se establece el pasaje de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital y la asunción de la circulación en la producción, en suma, la socialización radical del capitalismo, la “fábrica social”.³⁰ En su libro más conocido, junto a Hardt, complejiza esta perspectiva. La extensión del proceso productivo a toda la sociedad supone hablar de la mercantilización de todas las actividades sociales. Al pasar al imperio, “los recintos que solían definir el espacio limitado de las instituciones se han derrumbado, de modo tal que la lógica que alguna vez funcionó principalmente en el interior de los muros institucionales ahora se expande por todo el terreno social. Lo interior y lo exterior se han vuelto indiscernibles”.³¹

Las enormes empresas transnacionales construyen el tejido conectivo fundamental del mundo “biopolítico” y, en muchos sentidos importantes, según los autores, los grandes poderes industriales y financieros producen no sólo mercancías, sino también subjetividades. En la esfera biopolítica, la vida debe trabajar para la producción, y la producción para la vida.³² En tanto es una subjetividad híbrida y maleable, y mientras el sujeto político es ahora efímero y pasivo, el sitio primario de la lucha se sitúa en el terreno de la producción y regulación de la subjetividad”.³³

Llegados aquí, nadie puede dejar de ver una relación provocativa de apertura de posibilidades en la articulación que hacen —especialmente Negri, si se toma en cuenta su producción anterior— entre mutaciones sociales, subjetividad social y constitución de sujetos sociales. No obstante, pasado el efecto de estar frente a una extraordinaria creación intelectual —que la es— se constata una problemática no menor. Porque si todo termina siendo subjetividad social del imperio, en definitiva nada lo es. Si toda construcción de subjetividad social conduce de alguna manera a una “normalización” imperial, es muy difícil percibir la alternativa de aquello que no esté “integrado” a ese proceso.

³⁰ Antonio Negri, “Fin de siglo”, Barcelona, Paidós, 1992.

³¹ M. Hardt y A. Negri, “Imperio”, Buenos Aires, Paidós, 2002 (1a. ed. en inglés, 2000), p. 186.

³² Hardt y Negri, *op. cit.*, p. 45.

³³ Hardt y Negri, *op. cit.*, cap. 14.

En el mismo sentido de la visión de poder de Foucault de quien son tributarios (por ejemplo, con el mencionado concepto de biopolítica), Hardt y Negri con su mezcla de alta abstracción filosófica, pensamiento de largo plazo y generalización sin límites para tratar la subjetividad social, terminan volatilizandando las posibilidades de construir estrategias de lo alternativo, más allá de su insistencia en la caracterización de la “multitud”.³⁴ Al menos en clave de fundamentos sociológicos, parece necesario observar que la mercantilización de las relaciones sociales no se presenta de la misma forma a escala “global” y que eso sugiere establecer las especificidades de los distintos espacios sociales en América Latina. De hecho, la postura de Hardt y Negri desconoce explícitamente cualquier visión de polaridad centro-periferia como la que viene conduciendo este trabajo.³⁵

Sin embargo, no debe desconocerse que si se atiende esta línea de análisis, se abre una problematización interesante: si la disciplina no desaparece, pero deja de ser el fundamento principal de la sociedad actual —como lo fue en la sociedad industrial—, la pregunta es qué la sustituye. Una respuesta posible pero parcial es la de las nuevas técnicas de gestión empresarial, de la cultura de empresa, como parte de la revolución de la inteligencia y una apuesta al control de la subjetividad. Se llega así a otro aspecto clave de la subjetividad del nuevo patrón de poder.

La gestión, la *praxis* meritocrática, se transforma para algunos sectores en un modelo de referencia. La combinación de elementos que propone como son el mérito individual, la adhesión a la empresa, la negociación, la autonomía de cada individuo, la adaptabilidad, etcétera, supone construcción de subjetividad social, ya que obviamente no puede limitarse al campo de la empresa. En ese sentido, Sennett³⁶ mostró que en la organización flexible la incertidumbre filtra las prácticas cotidianas, la nueva dinámica corroe la confianza, la lealtad y el compromiso mutuo. Los ideólogos de la “calidad” han tenido abordajes antropológicos

³⁴ Véase *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Buenos Aires, Debate, 2004. No obstante el esfuerzo realizado por desarrollar el tema desde una perspectiva de filosofía política, la idea de “singularidades que actúan en común” no ofrece, desde nuestra perspectiva, base sociológica suficiente para permitir transformarla en una categoría de análisis.

³⁵ Un examen más detenido de este punto se realiza en nuestro trabajo “El paradigma renaciente de América Latina. Una aproximación sociológica a legados y desafíos de la visión centro-periferia”, *op. cit.*

³⁶ Richard Sennett, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 1998.

en términos de generación de un nuevo universo simbólico de referencia, pero del que aquí no es posible ocuparse.³⁷

Posturas como ésta pueden advertir de la existencia de un proceso de tránsito a una sociedad donde la empresa tiene un nuevo papel histórico que redefine viejos valores (por ejemplo, la libertad de manera totalmente privada) donde la subjetividad social tiende a reducirse a un ejercicio pragmático de control sobre el otro. Si es así, esa cultura de empresa estaría ganando sigilosamente, de manera progresiva, espacios impensables en las sociedades. ¿Puede ser este modelo real y sostenible en el tiempo? Todavía no es claro y al menos para la región socialmente heterogénea en que vivimos se debe ser prudente.

Se puede argüir alternativamente que para América Latina éste es un aspecto acotado a determinados estratos sociales y a determinadas empresas importantes. En tal sentido, el problema se limitaría a nuevas técnicas de gestión canalizadoras de la energía individual que llevan a sentirse parte de una empresa, de un proyecto común, pero esto no necesariamente constituye una novedad. También puede decirse que el conjunto de valores (éxito, competencia, riesgo, etcétera) que implican esas prácticas tienen efectos en los círculos de relaciones inmediatos del individuo, pero no a toda una sociedad cada vez más segmentada. En tanto circunscrita por el momento, no deja de ser una subjetividad potencialmente volátil.

Además, no debe olvidarse que en América Latina estas formas de gestión coexisten y se articulan con una multiplicidad de formatos de producción que llegan a las más arcaicas formas de sobreexplotación. En tal sentido y por su generalización acotada, las nuevas tecnologías de gestión no constituirían un tema relevante frente a otras problemáticas. Sin embargo, no puede descuidarse que se trata de una nueva forma de gobernar la subjetividad social que prospera, debe insistirse, en un contexto donde los sindicatos y otras agencias de potencial construcción de lo alternativo han sido debilitados. Específicamente los sindicatos en muchos casos tienden a actuar como corporativismos de resistencia con escasa proyección alternativa.

Otro componente de la subjetividad actual es el de la construcción de inseguridad en un sentido general. El recientemente fallecido sociólogo Norbert Lechner señalaba en relación con la subjetividad que cuando la violencia urbana, la corrupción impune, la inestabilidad del empleo y una competitividad despiadada son la “barbarie cotidiana” para la gente,

³⁷ Miguel Pedro Cardoso, *Mudança ideológica para a qualidade. Uma abordagem antropológica*, Río de Janeiro, Editora da Universidades Federal Fluminense, 2000.

entonces los efectos centrífugos de la modernización ya no logran ser contrarrestados por las reglas de trato civilizado. Cada cual se afana como puede y reina la “ley de la selva”. Parafraseando a Sarmiento: “quizás civilización y barbarie no son tendencias contrapuestas; quizás la modernización conlleva tendencias intrínsecas de barbarie”.³⁸ Si se sustituye el eufemismo de la modernización por neoliberalismo o radicalización del capitalismo, el diagnóstico parece cobrar mayor validez.

ENTRE UN NEOLIBERALISMO CON ROSTRO HUMANO Y UN NUEVO PATRÓN DE PODER

Algunas piezas que componen el actual patrón de poder están sufriendo una rápida erosión de legitimidad. Las consecuencias sociales del patrón de poder instalado son demasiado evidentes como para generar consensos fáciles. Algunos gobiernos actuales de la región, y aun las propias agencias globales, son más cautos en sus pronunciamientos. No obstante, las piezas centrales de la política económica se mantienen bajo el supuesto de necesidad técnica. La ideología dominante está en su tercer rango de defensa en el sentido manejado por Therborn: hay una situación aceptada, se concede la injusticia de la misma pero el argumento es que incluso siendo válido lo anterior no es posible un orden más justo. Lo que se hace es lo único posible.

La actual coyuntura todavía no permite tener una perspectiva clara, pero existen evidencias de una transformación que algunos sectores del capital impulsan para la reformulación del actual patrón de poder. Por ejemplo, se puede sostener que existe cierto aval general para matizar los brutales índices de pobreza y desigualdad extrema que ostenta la región, aunque sin poner en cuestión las estructuras de poder actuales (particularmente sus élites financieras y agroexportadoras).

El nuevo “rostro humano” del patrón de poder se funda en las ideas empobrecidas de Max Weber si se repara en que parte del proyecto descansa sobre el discurso de la búsqueda de empresarios comprometidos socialmente y con ética.³⁹ Colaboran en la construcción de esta visión organismos internacionales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) que frecuentemente insisten en la ética empresarial y otros compo-

³⁸ Norbert Lechner, “Los condicionantes de la gobernabilidad democrática en América Latina de fin de siglo”, en Daniel Filmus (comp.), *Los noventa*, Flacso/Eudeba, 1999, p. 21.

³⁹ Recuérdese el conocido clásico de la sociología *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trabajo aparecido en 1904 y con múltiples ediciones.

nentes conexos como la “responsabilidad social empresarial” (aludiendo a su responsabilidad frente a los trabajadores y el entorno).

No es posible detenerse aquí en los alcances y límites de lo anterior, pero en todo caso es una forma de depositar en la voluntad directa de las estructuras de poder económico las cada vez más ausentes regulaciones sociales de la acumulación. El mercado parece ser “autocorregido” como forma suprema de regulación de las relaciones sociales. El Estado transformado, su limitada intervención social meramente asistencialista, ahora puede llegar a tener un “objetivo común” con los empresarios autorregulados y “socialmente responsables”. Debe subrayarse lo que esto representa en términos de privatización de lo público y continuidad de una construcción ideológica neoliberal.

Desde el plano de la subjetividad social, en tanto la pobreza y la exclusión resultan cada vez más evidentes, la figura del voluntariado, del asistencialismo comunitario privado, asume un nuevo papel. No sólo se constituye en un canal de participación por su potencial disolución de redes sociales alternativas, sino porque permite transferir a la “sociedad civil” las funciones de intervención social que el Estado no cumple.⁴⁰

Por otra parte, la gran mercantilización social tiene como consecuencia un reforzamiento de la lógica de guetos, esa combinación de confinamiento territorial y social que supone la “homogeneidad” de quienes están dentro en contraste con la heterogeneidad del exterior.⁴¹ En consecuencia, bien se puede asistir a un nuevo formato autoritario (no como el generado en la transición entre patrones de poder) basado en la criminalización de la pobreza. Como es conocido, la seguridad comienza a ser un reclamo notorio y aquí los límites entre dar cuenta de la misma como derecho social y la tendencia a aceptar nuevas formas autoritarias son fáciles de traspasar. Con esto también se juega.

Todo lo anterior, además, puede ser conducido por nuevas élites políticas, algunas forjadoras durante años de una propuesta alternativa de izquierda como en el caso uruguayo, que sustituyen electoralmente a viejas élites desgastadas y corruptas, pero que terminan convirtiéndose en meras gestoras “pragmáticas” de lo dado que cumplen un rol funcional de estabilizadores sistémicos. Los nuevos elencos con una

⁴⁰ Para el caso uruguayo, se examina la problemática como tensión de proyectos en la sociedad civil en A. Falero y A. Vera, “Transformaciones sociales y campo popular en Uruguay: construcción de alternativas y escenarios posibles”, en la compilación *Uruguay hoy*, Montevideo, ediciones del Caballo Perdido, 2004.

⁴¹ Zygmunt Bauman, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Madrid, Siglo XXI, 2003.

gestión más transparente⁴² y razonable en algunos aspectos, con algunas matizaciones de las aristas sociales heredadas más duras, transitoriamente pueden generar nuevos consensos. En consecuencia, si esta tendencia se fortalece en este periodo de bifurcación, puede delinearse entonces un primer escenario de mantenimiento del viejo orden aunque con un “rostro humano”.

El siguiente cuadro propone una síntesis para advertir las transformaciones ocurridas y las de un escenario de mantenimiento del patrón de poder neoliberal:

<i>América Latina</i>	<i>Patrón de poder de posguerra</i>	<i>Transición entre patrones de poder</i>	<i>Patrón de poder neoliberal</i>	<i>Periodo de bifurcación</i>
Eje ideológico de sustentación para la reproducción social	Capacidad de desarrollo lineal de cada Estado-nación/ progreso	Necesidad de orden social para desarrollo (orden/caos) anticomunismo. Más apertura comercial	Actores privados frente a burocracias ineficientes; libertad asociada a lo privado; desregulación e inversión	Actores privados con conducción estatal técnica pragmática y responsable; sensibilidad social
Subjetividad social	Cooperación laboral, lógicas de solidaridad colectiva pero esquemas de discriminación	Cooperación laboral vigilada, disciplinamiento y solidaridad minimizada	Individualismo, reducción a lo privado, mayor mercantilización de relaciones sociales	Expansión del individualismo, cooperación limitada, voluntariado, subjetividad empresarial

Un escenario alternativo, posliberal, supone en consecuencia un nuevo patrón de poder —y esto implica nuevas articulaciones de la región con los países centrales, particularmente con Estados Unidos—, que entre otras cosas evite la actual y brutal transferencia de excedentes. Dado nuestro esquema conceptual de partida, más allá de variantes entre autores, no existe construcción alternativa si no es posible modificar regio-

⁴² Incluso para el caso de Brasil, que en 2005 fue noticia por la corrupción de parlamentarios (particularmente compra de votos y de alianzas) y cuentas paralelas, debe tenerse presente que no necesariamente hay innovación, sino que se trata del mantenimiento y reproducción de un esquema de irregularidades que tiene años.

nalmente las relaciones centro-periferia, considerando además las actuales mutaciones globales que imprime el conocimiento en áreas que se vuelven claves.

En este sentido, no es menor la generación de un nuevo sistema de ideas que permita la orientación y organización de prácticas sociales desmercantilizadas, no regidas por el “mercado”. Aquí existe un conjunto disperso de posicionamientos, pero puede considerarse que hay un camino si se observan algunas experiencias sociales concretas. Los casos de la desmercantilización del agua en Bolivia y Uruguay por distintos métodos (fuertes protestas sociales en un caso, impulso y apoyo popular de un plebiscito en el otro) son ejemplo de ello. Se trata de la construcción de derechos sociales como límites a la mercantilización.⁴³

Frente a una subjetividad social conformista y mercantilizada, no pueden dejarse a un lado evidencias de que, como en otros contextos históricos, existe la generación de grietas, de nuevos espacios sociales no “capturados” en los anteriores términos. En este sentido, corresponde marcar la importancia del surgimiento de nuevos movimientos sociales en toda América Latina como nuevas agencias socializadoras y en consecuencia potenciales constructoras del posliberalismo. Esto implica tener presente las elaboraciones de significado que sobre distintas temáticas van dando los actores en el actual contexto sociohistórico: los piqueteros y el trabajo en Argentina, el Movimiento de la Sin Tierra (MST) y la propiedad de la tierra en Brasil, los movimientos indígenas y la lucha por una sociedad incluyente y más igualitaria en Bolivia y Ecuador, FUCVAM y la vivienda en Uruguay, formas de sindicalismo no burocratizadas en distintos lugares, etcétera.

Pero, atendiendo a las alternativas en este periodo de bifurcación, si las demandas tienden a localizarse y desarticularse entre sí, bien puede multiplicarse el primer escenario delineado. Por el contrario, si se da una tendencia a la construcción de redes de organizaciones y movimientos, incluso no sólo de carácter nacional sino internacional, se puede estar más cerca de un escenario alternativo, es decir, de generación de otras bases para otro patrón de poder. En todo caso, ninguna salida es socio-lógicamente pensable sin conflictos entre actores.

⁴³ Esto no es nuevo, pero adquiere una renovada actualidad. En 1863, en el discurso en la Asociación Internacional de los Trabajadores, Marx decía que la fijación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra había sido la primera victoria de la economía política del trabajo sobre la economía política del capital. Texto citado por Carlos Nelson Coutinho en “Cidadanía e modernidade”, *Perspectivas. Revista de Ciências Sociais*, v. 22, São Paulo, Universidade Estadual Paulista, 1999.

La subjetividad social es un campo de batalla permanente y América Latina constituye un caso paradigmático en tal sentido. De hecho, la conformación de movimientos sociales no puede verse como algo terminado sino como una producción permanente en una sucesión de coyunturas. Las posturas varían conflictivamente, la tensión entre intereses de todo tipo está presente y el resultado del movimiento siempre es indeterminado. Pero si existe capacidad de convocatoria social y voluntad de cooperación, el movimiento adquiere proyección y la maduración de una subjetividad alternativa es posible. En tal sentido, los elencos políticos que postulan una alternativa social no pueden dejar de considerar la importancia de la relación entre prácticas sociales y transformación de la subjetividad colectiva. Ciertamente no es una novedad, pero para delinear un escenario alternativo en la actual coyuntura, el planteo merece reafirmarse.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Entender el neoliberalismo y un eventual posliberalismo, supone conjugar múltiples planos de observación. Partiendo de una perspectiva de sistema-mundo o sistema histórico, se ha tratado de fundamentar que el rótulo de “neoliberalismo” no implica meramente, aunque incluye, un conjunto de transformaciones de política económica que han multiplicado el control privado de lo económico. Las alternativas sociales deben partir de considerar que eso es parte de un patrón de poder con específicas articulaciones centro-periferia. En las últimas décadas significó para América Latina una verdadera transformación de las relaciones sociales en el sentido de una radicalización de las relaciones capitalistas. De lo anterior se desprende la inviabilidad de restringir la configuración de proyectos alternativos posibles a una cuestión de versión económica más o menos keynesiana.

Un posliberalismo sería mucho más que eso. No es la recreación de un tímido “desarrollismo” —aunque sí puedan intervenir elementos que se caracterizaron en su momento como desarrollistas— sino la inevitablemente conflictiva y decidida construcción de lo nuevo. Esto no significa más que un nuevo patrón de poder apoyado en una rearticulación de las relaciones centro-periferia y un nuevo lugar para la acumulación privada. Pero llevarlo adelante, teniendo presente lo que se ha expuesto, significa una batalla en el plano de las ideas y de la subjetividad social.

La existencia de gobiernos con mayor sensibilidad social que sus predecesores —Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela, eventualmente

otros en el futuro— tienen por delante un escenario de acumulación caótica de frustraciones si no se asume en toda su complejidad este desafío de incentivar en la relación *praxis*-teoría la modificación del patrón de poder regional vigente. Por otra parte, ya se dijo, las sociedades excluyentes y desiguales que se siguen reproduciendo, pueden derivar en formatos extendidos de aceptación de criminalización de la pobreza y consecuentemente de renovadas formas autoritarias.

Las evidencias de crisis de aceptación pública del “neoliberalismo” indican que ésta es una coyuntura inestable, abierta a nuevas realidades. En tanto periodo de bifurcación —siguiendo la mencionada caracterización de Wallerstein— la importancia de movimientos y otras organizaciones sociales, el fortalecimiento del tejido social y la transformación de temáticas percibidas como mercancías (educación, salud, seguridad social, agua potable, etcétera) en derechos sociales, suponen un complejo y lento proceso de construcción desde la *praxis* cotidiana. Y dado lo que significó el neoliberalismo, un aún incierto “posliberalismo” no puede dejar de implicarse en otro significado de la cooperación colectiva y lo público.

